DEVOCION
A LAS TRES HORAS
DE LA AGONIA
DE CRISTO
NUESTRO REDENTOR,

Y METODO CON QUE SE PRACTICABA EN EL COLEGIO MAXIMO DE SAN PABLO DE LA COMPAÑIA DE JESUS DE LIMA, Y EN TODA LA PROVINCIA DEL PERU, EXTENDIDA DESPUES A OTRAS PROVINCIAS DE LA MISMA COMPAÑIA:

DISPUESTA

POR EL PADRE ALONSO MESIA,
de la Compañia de Jesus.

SEVILLA:
IMPRENTA DE D. B. M. CARO,
donde se hallará.
1817.

PROLOGO.

El siervo de Dios Padre Alonso Mesía, de la Compañía de Jesus, varon Apostólico de su patria Lima, inventó y promovió varios ministerios que exercitaba en bien de las almas, y que se han continuado por varios Jesuitas herederos de su celo.

Entre otros fué el exercicio de las Tres Horas del Viernes Santo desde las doce á las tres de la tarde, que exercitó en Lima por muchos años con grandes frutos; y este ministerio se ha recibido con tanta aceptacion, con tanto gusto, y tanto provecho de los que asisten á él, que se ha extendido con notables progresos. El siervo de Dios comenzó haciéndolo el primer año sentado en una silla, y con algunas almas devotas que asistian á la Escuela de Cristo en la Iglesia del Colegio Máximo de la Compañía de Jesus. A pocos años fué necesario subir al Púlpito, porque se llenaba la Iglesia de un numerosísimo concurso, á un empleo tan devoto y tan pro-

pio de dia tan sagrado como el Viernes Santo. Dilatóse despues por tóda la ciudad de Lima; pues casi todas las parroquias y los Monasterios de Religiosas piden Padre que les haga estas Tres Horas. Pasó despues á todo el Perú; pues en todas las Iglesias de la Compañía se hace con notables concursos y frutos de las almas, y como en todas partes se ha recibido con singular aprobacion, los que las han visto en una parte, las han procurado llevar á otras; y así de la provincia del Perú han pasado á toda la provincia de Chile, y despues á toda la de Quito, y aun se ha trasplantado á Cartagena, Panamá y la provincia de México; porque estando en estas ciudades algunos señores Obispos, Oidores y Presidentes de Lima, han procurado que crezca en ella la semilla de esta devocion, que traxeron desde aquella Corte, donde con tanto aplauso la vieron y recibieron.

Pero como los genios de los hombres son diversos, y esta devocion se trasplanta á lugares y concursos que no han visto el modo con que se practica en Lima, se ha reconocido un inconveniente, y es, que

en las copias del Librito de dichas Tres Horas introducen mucha variacion ; y en el modo de hacer esta devocion hay tantas mutaciones , que apenas se conocen ser las Tres Horas que principiaron en Lima ; y como el espacio es dilatado por ser de tres horas, lo hacen muy pesado por el modo con que las practican ; siendo así que el método que usó su Autor el Padre Alonso Mesía , y que practican los Jesuitas que lo han visto , es suavísimo ; porque con la variedad de alternarse ya Leccion , ya Rezo , ya Meditacion , con instrumentos músicos , hace suavísimo el espacio de las tres horas que se emplean en este Exercicio.

Por esto ha parecido conveniente el imprimir el mismo Librito de su Autor, algo añadido , y declarar la forma y método con que se hace en Lima , asi para que la uniformidad haga una misma la devocion en todas partes , como para que sabiéndose el método , se haga suave en todas partes la devocion. Y se puede esperar , que con noticia que se tenga por el Librito impreso de devocion tan útil y tan sagrada, se extienda á otras Iglesias, á

otras ciudades, y aun á otros Reynos; pues siendo tanta la piedad de los Cristianos, y tan sagrado y venerable el dia del Viernes Santo, es fácil de persuadirse que todos los Cristianos quieran emplear devotamente tan sagradas horas, y gastar en memoria de la Pasion de nuestro Redentor dia tan distinguido como el de Viernes Santo.

Viniendo, pues, al método, es el siguiente.

Prevenido el Altar con una Imágen de Cristo crucificado y las luces convenientes (que en algunas partes se dispone con tal aparato, que con sola su vista infunde respeto y veneracion) sube al Púlpito un Padre, y principiando con el Per signum Crucis, *y la invocacion del Espíritu Santo, que está al principio de este libro, hace una breve exhortacion con que persuade á los presentes quan justo y debido es que los Cristianos acompañen á su Redentor en estas tiernísimas horas de la agonía que pasó en la Cruz por su amor y redencion. Declárales lo que los Santos han dicho y las Santas han entendido en sus revelaciones de la utilidad que trae el acom-*

pañar á Jesucristo en su muerte, para que su Magestad nos acompañe en la nuestra. De esto se hallará mucho en el Beato Alberto Magno, en San Bernardo, y en las Vidas de Santa Catalina de Sena, Santa Gertrudis, Santa Magdalena de Pazzis, y otras. Reza alguna cosa á propósito con el pueblo, como una Salve ú otra oracion, á nuestra Señora de los Dolores, &c. Siéntase despues el Padre, y se sienta todo el concurso, y comienza el Padre á leer la Introduccion que está al principio de este libro. Leida esta, se hincan todos, y meditan en silencio alguna cosa de la Pasion mientras en el coro con suaves instrumentos se canta alguna letra propia de la Pasion.

Despues se sienta el Padre y todo el concurso; y lee desde el Púlpito con pausa, afecto y voz tierna la primera Palabra como está en el Librito. Acabada, se hincan todos, y se canta en el Coro con suaves instrumentos dos ó tres coplas que digan sobre la primera Palabra. Al fin de esta cancion se pone el Padre en pie, quédase el pueblo de rodillas, y reza alternadamente con él algunas Oraciones, como

un Padre nuestro y diez Ave Marias, ó dice algunos afectos, segun se expresará en cada Palabra.

Siéntanse despues todos, y lee la segunda Palabra, la qual acabada se hincan todos, y se canta en el Coro alguna cosa propia de la segunda Palabra. Despues se reza, &c. Y este mismo método se guarda en cada una de dichas siete Palabras.

Aquí se advierta que el Predicador ó Director se ha de ir acomodando y proporcionando al tiempo, para que ni falte, ni sobre de las tres horas; pues esta devocion pide acabarse al mismo tiempo en que espiró Jesucristo; y así se ha de ir con mas pausa ó con mas priesa en lo que leyere y rezare, &c. segun lo que pidiere la medida del tiempo. Y si reconoce que todavía resta mucho tiempo, puede interpolar la leyenda con una ú otra exhortacion breve, donde viniere á próposito, y así llenará mas tiempo para que pueda llegar con la devocion al fin de las tres horas.

Ya que son cerca de las tres, acabada la última Palabra, se sientan, y lee con mucha pausa, ternura y devocion el último

apóstrofe que está en el fin de este mismo libro; y si aun sobra tiempo bastante dice en pie las Salutaciones de las Llagas de Jesucristo, que están al fin puestas; pero si falta tiempo se omiten estas.

Cerca ya de las tres se hincan todos, y en el Coro se entona con voz muy tierna el Credo, y se mide de modo que den las tres al tiempo del incarnatus, crucifixus, et mortuus est.

Aquí se pone en pie el Padre, y con grande y lastimoso grito dice: Ya murió Jesucristo, ya espiró nuestro Redentor, ya acabó la vida nuestro Padre. *Y con gran fervor prosigue exhortando al llanto, á la compasion, ternura y contricion, ya hablando con Jesucristo, y con su Madre Santísima y Dolorida, ya con los pecadores, &c. y remata con un fervoroso Acto de Contricion.*

SALUTACION

AL ESPIRITU SANTO.

Ven á nuestras almas,
¡O Espìritu Santo!
Y envianos del Cielo
De tu luz un rayo.
Ven, Padre de pobres,
Ven, de dones franco,
Ven, de corazones
Lucido reparo.
Ven, Consolador
Dulce y Soberano,
Huesped de las almas,
Suave regalo.
En los contratiempos
Descanso al trabajo,
Templanza en lo ardiente,
Consuelo en el llanto.
Santísima luz
De todo Cristiano,
Lo íntimo del pecho
Llena de amor casto.

En el hombre nada
Se halla sin tu amparo,
Y nada haber puede
Que no le haga daño.
Con tus aguas puras
Laba lo manchado,
Riega lo que es seco,
Pon lo enfermo sano.
Todo lo que es duro
Doblegue tu mano;
Gobierna el camino,
Fomenta lo helado.
Concede á tus Fieles
En tí confiados,
De tus altos dones
Sacro Septenario.
Aumento en virtudes
Haz que merezcamos,
Del eterno gozo
Da el feliz descanso.



INSTRUCCION

DE LO QUE SE HA DE HACER Y CONTEMPLAR

EL VIERNES SANTO

EN LAS HORAS DE AGONIA

desde las doce á las tres de la tarde.

Primeramente se hará un breve razonamiento para disponer á la reverencia y aprovechamiento de estas Tres Horas: el que concluido se lee lo siguiente.

Todos los fieles Cristianos amantes de nuestro Salvador Jesus, redimidos y rescatados con el precio de su preciosísima Sangre, Pasion y Muerte del cautiverio de la culpa y del demonio, debemos contemplar con suma atencioa y reverencia

los tormentos, congojas y angustias mortales que en el espacio de estas tres horas de agonía, desde las doce hasta las tres de la tarde, padeció nuestro amorosísimo Redentor en la Cruz. Fueron tan terribles y crueles, que, como dice San Bernardo, no hay entendimiento humano que lo pueda comprehender, ni lengua criada que lo pueda explicar. No tenia cosa sana el Salvador desde la planta del pie hasta lo mas alto de la cabeza. Míralo bien, alma, en esa Cruz, todo de los pies á la cabeza hecho una llaga, abiertas las espaldas y todo el cuerpo con los azotes, descoyuntado con los golpes el pecho, traspasada terriblemente la cabeza con las espinas, mesados los cabellos, arrancada la barba, herido el Rostro con las bofetadas, las venas desangradas, seca la boca con la sed, la lengua amarga con la hiel y vinagre, las manos y pies barrenados y atravesados con los crueles clavos, rasgándole mas estas heridas el peso de su mismo cuerpo; el corazon afligido, y el alma á punto ya de espirar se le arrancaba con indecible tristeza y congoja. Pero á la verdad no era esto lo que

mas le atormentaba, pues de su voluntad se habia ofrecido á los tormentos de la Cruz. Lo que mas le atravesaba el corazon en la agonía de estas tres horas eran nuestras culpas y nuestra vil correspondencia. Nuestra ingratitud era la que causaba aquellas terribles agonías de muerte. ¡Ay alma! ¿quién no aborrecerá con todo el corazon las culpas, pues tan mortales agonías le causaron á nuestro amorosísimo Salvador?

En estas tres horas de tan espacioso tormento, sin que las olas de tantas amarguras pudiesen apagar el incendio de su caridad, nos tuvo delante á todos para ofrecer por nosotros su Sangre y su Vida con entrañable amor en sacrificio á su Eterno Padre. En estas tres horas, aunque nosotros no le vimos con nuestros ojos, él con su inmensa vista nos vió, y tuvo presentes para ofrecerse por cada uno, como si cada uno de nosotros fuera solo en el mundo y en su amor. En estas tres horas vió claramente cada una de nuestras culpas con todas sus circunstancias, como las ve despues quando se cometen, afligiéndole con tan profundo sen-

timiento, que compadecido de nosotros, ofreció su Sangre preciosísima en paga de nuestros delitos. En estas tres horas con la amargura de sus agonías despojó al demonio Príncipe del mundo de la escritura y obligacion de nuestras culpas, y clavándola consigo en la Cruz la borró con su Sangre. En estas tres horas con el precio de sus agonías nos alcanzó de su Eterno Padre los tesoros todos de su clemencia, todos los buenos pensamientos y santas inspiraciones, y todos los socorros de su gracia. ¡O bienaventurada memoria de nuestro dulcísimo Redentor! ¡O dichosas tres horas de oro corridas por nuestros yerros, en que merecimos hallarnos presentes en el monte Calvario, no de léjos ni junto á la Cruz, sino en el mismo corazon y memoria de nuestro amorosísimo Redentor, para lograr toda la gracia de su amor y de su infinita caridad! De verdad, almas, que no cumplimos lo que debemos á nuestro dulcísimo Jesus, si en estas tres horas no morimos de amor.

Volvámonos, almas, al Eterno Padre, nuestro Dios y nuestro Juez, y esforzados con las agonías de nuestro Redentor Je-

sus, digámosle con todo el afecto y rendimiento de nuestros corazones: ¡O Padre Eterno, Juez y Señor de nuestras almas, cuya justicia es incomprehensible! Ya que ordenaste, Señor, que tu inocentísimo Hijo pagase nuestras deudas, mira, Señor y Padre nuestro, la agonía tan terrible en que se ve por tu obediencia y por nuestras culpas en estas tres horas: mira la paga que te ofrece tan copiosa en su Sangre y agonías, para que así se aplaque tu justicia. Cese, Señor, tu ira, cese tu enojo; y pues te ves tan abundantemente pagado y satisfecho, quedemos libres los deudores, y merezcamos por estas tres horas de agonía de tu amantísimo Hijo Jesus todo aquello que te pidió para nosotros, el perdon de nuestras culpas y los socorros eficaces de tu gracia, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.

Aquí se arrodillan todos á pedir lo dicho, y entre tanto se canta alguna Lamentacion, ó se tocan algunos instrumentos un breve rato: siéntanse luego, y se lee la

PRIMERA PALABRA

que habló el Señor en la Cruz: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.*

Puesto nuestro Señor Jesucristo como Maestro Celestial en la Cátedra de la Cruz, habiendo callado hasta entonces con un profundo silencio, abrió sus labios Divinos para enseñar al mundo en siete palabras la doctrina mas alta de su amor. Atiende, pues, alma, aviva las potencias; mira que el mismo Dios es quien te enseña, y te ha de tomar estrecha cuenta de estas siete lecciones. ¡O Jesus amoroso! ¡O Maestro Divino! hablad, Señor, que vuestros hijos oyen.

Toda la naturaleza sè conmovia al ver padecer á su Criador tan atroces agravios: el Cielo se enlutaba en obscuras sombras: estaba para estremecerse la tierra en terribles movimientos para herirse entre sí las piedras, para abrirse los sepulcros: los Angeles asombrados al ver á su Señor entre tan crueles tormentos, los demonios con rabia y envidia porque no se execu-

taba en los hombres el castigo que merecian por las culpas, como se habia executado en ellos. Pudieramos imaginar que irritada la naturaleza contra los pecadores, clamaba al Padre Eterno por justicia y venganza. *Usquequò, Domine, Sanctus, et verus, non vindicas sanguinem Filii tui?* ¿Hasta quando, Señor Justiciero y Santo, no tomas venganza en los pecadores de la Sangre y agravios de tu inocente Hijo? Y que quando á este clamor ya la Divina Justicia armaba el rayo de su ira para la venganza, entonces el Redentor del mundo, mostrando su infinita caridad, levantando sus eclipsados ojos á su Eterno Padre, y representándole su obediencia y sus merecimientos, le dixo: Padre y Señor mio, deten el brazo de tu justicia, y por esta Cruz en que muero y la Sangre que en ella estoy derramando, te pido, Señor, y te ruego que perdones á los pecadores las culpas con que me han puesto en esta Cruz: perdónalos, Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen.

¡O alma pecadora! abre los ojos y los oidos, y al escuchar en esta primera palabra á Jesus, que llama Padre suyo y de

todos á su Eterno Padre, conoce la alteza de tu orígen. Hijo eres, no de otro Padre, que del Eterno Dios. ¡O Padre Eterno! ¿Mi Padre tú? ¿Y yo tan ruin hijo? ¿Qué ceguedad me aparta de tus ojos? ¿Qué locura es la mia, que dexo tus caricias y tu gracia por el vil amor de las criaturas? ¿Dónde estoy con mis culpas? ¿Adónde voy con mis pasiones? ¿Qué estado es el que tengo despues que te ofendí? ¡O Padre amoroso! aquí perezco miserable en mis delitos. ¿A quién volveré los ojos? ¿Volveré á tí, Padre benignísimo? ¿Mas como ha de tener ojos un ingrato para volver á la presencia de un Padre á quien tanto ha ofendido? Ea, vuelve, alma afligida, vuelve, que al fin es tu Padre. Iré; pero ¡ay, mi Dios! que me falta el aliento, porque son innumerables mis torpezas y mis ruindades; y temo que tus ojos han de ser para mí formidables rayos: mejor será morir y no llegar. Ea, vuelve, alma arrepentida, vuelve, que al fin él es tu Padre; y tu mismo Hermano Jesus, á quien has crucificado con tus cupas, te apadrina y pide al Padre Soberano te perdone, ofreciendo su

Sangre por tus culpas. ¡O mi Jesus! ¡O Hermano amorosísimo! Dame esos pies para que yo los bese con mis labios, y riegue con mis ojos. Tú ruegas por el perdon de mis abominaciones, ¿y yo no muero aquí de amor tuyo? ¡Ay! ¿Qué dureza es la mia? Ea, llega confiada, alma arrepentida, llegad, pecadores todos, á lograr las misericordias, que ya está el Cielo rebosando piedades, porque el amorosísimo Jesus ruega por todos al Padre Eterno, y le dice con profunda reverencia: ¡O Padre de piedades! aquí tienes ya á los tristes pecadores. No mires, Señor, á que ellos me crucifican á mí, sino á que yo muero por ellos; vivan ellos, pues por ellos muero: no mires su ignorancia, sino mi amor: no mires su ingratitud, sino mi Sangre derramada: no mires sus culpas, sino esta vida que te ofrezco por ellos en esta Cruz. Perdónalos, Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen.

¡O caridad infinita de nuestro amantísimo Jesus! cuyo incendio de amor no pudieron apagar las aguas impetuosas de tanta crueldad y tribulacion. ¡O qué doctrina tan alta la que nos enseña en esta

primera palabra! Mira, alma, como excusa del modo que puede á los que le crucifican, y como perdona á sus crueles enemigos, y en ellos á todos los pecadores que le ofenden, y con sus ofensas le han puesto en la Cruz. Padre, dice, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Aprende, alma, de este exemplo á no acusar ni exâgerar los defectos agenos, ni los agravios que te hicieren: aprende á excusar las faltas de tus próximos, aunque sean enemigos, atribuyéndolas, no á la peor parte, sino á ignorancia, á inadvertencia, á zelo ó á otra intencion menos mala. ¡O cargo espantoso el que por esta primera palabra se ha de hacer al vengativo y rencoroso! Jesucristo pide al Eterno Padre te perdone tantas malas palabras y tantas malas obras con que le agravias y crucificas; y tú, alma vengativa y rencorosa, no perdonas una leve palabra ó un leve agravio por Jesucristo. ¿Qué obstinacion es ésta, pecho católico? ¿Qué tiene de cristiano quien no tiene piedad con sus enemigos? Si á quien te lisonjea halagas, y á quien te ofende muerdes, ¿qué tienes mas que el bruto? ¿Y por qué tienes el

nombre de Cristiano? Pues mira que te ha de medir Jesucristo con esa misma vara, y que te ha de negar todo lo que á tu próximo niegas. ¿Le niegas el habla, le niegas los ojos, no le das la mano? pues no te dará la mano Jesus, no le oirás una buena palabra, no le verás los ojos. Perdona, cristiano, si quieres que Jesucristo te perdone. ¡O Padre Eterno! Ya perdono, Señor, á todos mis enemigos una y mil veces en reverencia de tu Santísimo Hijo, para que tú me perdones las innumerables culpas que he cometido contra tu Divina Magestad. Perdóname, Señor, que no supe lo que hice quando te ofendí; y aunque por haberte sido tan ingrato no merezco yo ser oido, lo merece tu preciosísimo Hijo, que por su sangre y agonías te pide en esta hora me perdones. Perdóname, Señor, que no supe lo que hice: misericordia, Padre piadosísimo, por tu amantísimo Hijo Jesus.

Aquí se postran un rato para meditar sobre esta palabra: cántase entretanto alguna Lamentacion, y luego en accion de gracias por el perdon que nos pidió el Señor se reza cinco veces ó mas lo siguiente:

Seas infinitamente alabado, mi Jesus crucificado, que nos pediste el perdon de todos nuestros pecados.

Luego al fin se hará los Actos siguientes:

Creo en Dios, espero en Dios, amo á Dios sobre todas las cosas: pésame de haber ofendido á Dios, por ser Díos quien es; propongo nunca mas ofenderle. María, Madre admirable, Abogada de pecadores, por Cristo crucificado que nos alcances perdon y gracia eficaz para no caer en pecado.

SEGUNDA PALABRA

que habló el Señor al buen Ladron: *Hoy serás conmigo en el Paraiso.*

Considera á Jesus, alma devota, entre dos pecadores, el uno arrepentido, y endurecido el otro: el uno que se ablanda, y el otro que se obstina: el uno que se salva, y el otro que se condena. ¡O misterios profundos de la predestinacion! Mas ¡ó descuido el mas lamentable de los mortales! Alma, que me oyes la diferencia

de estos impenetrables destinos, mira bien en tu interior á qual número perteneces: si al del buen ladron que se salvó, ó al del malo que se condenó; si te salvarás con el uno, ó te condenarás con el otro. ¿Quántos de los presentes irán á ser compañeros del infeliz ladron en los infiernos? ¡O qué punto tan formidable! Hombre, ¿cómo vives tan descuidado, y tú, muger, tan olvidada en materia tan contingente y tan incierta? Mira á qual de estos dos ladrones tienes envidia, si al infeliz rebelde, ó al humilde. Si al humilde, ¿cómo no eres humilde, y estás en esa cruz de tus vicios tan soberbio y rebelde? ¿Pecador y soberbio? Mal Ladron. ¿Pecador y humilde? Feliz hombre. El malo se vuelve contra Jesucristo, y como renegado le baldona y le maltrata como á Dios fingido. Eso hace quien peca y quien maldice; eso hace quien reniega y quien vota, añadiendo á la ofensa de los vicios la contumelia de los desprecios. No así el feliz ladron, que alumbrado de los rayos Divinos de Jesus, le reconoce, le confiesa y le adora por su Dios verdadero. ¡O Dios, qué eficaz es tu luz! ¿Quién habrá

que resista á tus auxilios? ¡Ay almas! no malogreis los llamamientos. Herido de ellos el feliz hombre, vuelve, y con tierna voz le dice á Cristo: Señor, en tí confio y en tí espero: eres mi Señor, mi Dios y mi Redentor: acuérdate de mí quando te veas en tu Reyno. ¡O qué pecador tan dichoso! ¿Quién te dixo, hombre facineroso, que era ese crucificado tu Señor, tu Dios y tu Redentor? ¡Qué confusion tan grande á los judios ver que un ladron confiesa en una Cruz á Jesucristo, y que ellos despues de tantas maravillas le negasen! Mas, ¿qué de los cristianos que le confiesan con los labios, y le niegan con las obras? ¿Qué confesion es la tuya, hombre torpe y vicioso? Muger perdida y escandalosa, ¿cómo confiesas? Si no eres firme como el buen ladron hasta morir en tu confesion; sino que apenas confiesas, quando vuelves á tus vicios y escándalos, ¿qué confesion es esa? Esa no es confesion de buen ladron, sino de mal ladron, obstinado y réprobo.

Al punto que oye Cristo las voces del ladron que le confiesa y le pide perdon, sin dilacion alguna le perdona las culpas

y las penas. Hoy, le dice, estarás conmigo en el Paraiso, hoy Viernes de mis penas. ¡O dia! ¿Quién hay que no te logre? ¡O feliz pecador! ¡O dichoso arrepentido! Llegaste en gran dia: llegaste quando estaba el Redentor con la llave en las manos y con la puerta de par en par abierta. Hoy, almas, no es dia de penas para el hombre, que se echó sobre sí Jesus todas las penas. Hoy no hay una gota siquiera de tormento, que agotó Jesus hoy todos los tormentos. Hoy no hay para el que se arrepiente infierno, que el infierno le tomó para sí Jesus en sus dolores. Hoy todo es para el pecador Paraiso, hoy todo es suavidad, todo gloria. Venid, pues, á lograr tan buen tiempo, pecadores perdidos: con poca diligencia, con un buen corazon y una palabra, con un mirarle tierno y amoroso, con un suspiro de un pecho atravesado se consigue. ¡Pues como hay corazon que hoy te desprecie, ó Jesus benignísimo! ¡Qué liberal estás, qué manirroto, qué pródigo del Cielo! ¡O corazon dulcísimo, todo amor, todo ansias por salvar pecadores! Comunica, Señor, al mundo esas

piedades, abrasa de ese afecto todos los corazones: conviértase hoy el mundo, gran Señor: mira como se pueblan los infiernos, no solo de gentiles, hereges y judios, mas tambien de cristianos. ¡Qué dolor! ¡Hoy, mi Jesus, se han de condenar innumerables! Ya basta, Señor, que es lástima y dolor insufrible que tu Sangre en tantos se malogre. Piedad con los cristianos, gran Señor: mira tu rebaño, no se glorie el demonio de ver tanto triunfo: sálvense todos hoy, pues rebosas perdones, que ya todos, Señor, con el buen ladron arrepentidos te confesamos nuestro Dios y nuestro Redentor: proponemos hacer una verdadera confesion: para ella, Señor, te pedimos un dolor verdadero, y que hoy te acuerdes de nosotros en tu Reyno.

Aquí se postran para meditar sobre esta Palabra. Cántase su Lamentacion, y luego cinco veces se le pide al Señor lo que el buen ladron, diciendo:

Acordaos de mí, Señor, en vuestro Reyno por vuestra piedad y misericordia.

Luego se dice: Creo en Dios, espero, &c.

TERCERA PALABRA

que habló el Señor á su Madre: *Muger, ves ahí á tu Hijo*: y al discípulo Juan: *Ves ahí á tu Madre.*

Mirando el Salvador desde la altura de la Cruz en un profundo golfo de amarguras á su amorosísima Madre, le arrojó á su triste seno otro golfo de cuidados y de ansias, entregándole en Juan por hijos á todos los mortales. ¡O Madre afligidísima! ¿qué espada es esta, que de nuevo os atraviesa el corazon? Por hijos os encomienda vuestro Divino Hijo Jesus á todos los pecadores, para que los recibais por hijos en su lugar. ¡O qué trueque tan sensible! ¿Perdeis en Jesus un Hijo tan amable, y habeis de acoger por hijos en los pecadores unos hijos tan perversos y viles, que han crucificado á vuestro mismo Hijo con sus culpas? ¡O Señora dolorosísima! ¿Qué tormento es este? ¿No os basta de dolores? ¿Sobre vos tanto ingrato? ¿A vuestro triste pecho tanto ruin hijo? ¡O caridad infinita del Salvador con los pecadores, pues los dexa por Madre

á su misma Madre! Y ¡ó piedad inmensa de la Madre, que desde aquella hora, piadosa y compasiva, amorosa y tierna, acepta y abriga como Madre cuidadosa en su seno á todo el mundo! ¡O amparo universal del mundo entero! ¿Cómo podrá nuestro corazon mostrar el agradecimiento de que nos aceptais por hijos? ¿Con qué obsequios os podremos corresponder agradecidos? ¡O pecadores dichosos! Mirad bien la Madre que gozais: mirad bien la Madre que teneis: vuestra Madre es Maria, la que es Madre de Dios: una Madre toda llena de gracia, una Madre espejo de santidad y pureza; y no dice bien Madre tan Santa, y los hijos tan perversos; Madre tan pura, y los hijos tan inmundos y torpes. ¡O gran Señora! Ahora acogednos en vuestro amparo para que seamos dignos hijos vuestros; que pecho por tierra os ha de confesar por Madre todo el mundo. Aquí sin duda temblaria todo el infierno al oir á Cristo esta palabra; sin duda los demonios se abrasarian de envidia. Hombres, oid: infiernos, escuchad: Maria es Madre de pecadores, Madre de los justos,

Madre de todos. ¡O Señora! Una y mil veces os beso esos sagrados pies, y con un grito que se oiga en Tierra y Cielo, digo á voces: Hijo soy, aunque indigno, de Maria. ¡Oh Señora! dadme Vos que como hijo os mire y sirva, y que os ame en quanto pueda como vuestro Hijo Jesus.

Para aquí son, almas devotas, las ternuras amorosas con vuestra Madre: levantad los ojos llenos de amor y agradecimiento á Jesus, que os la da y entrega por Madre, y en ella todos los bienes juntos de su misericordia para vuestra salvacion; porque nadie se salva sino es por Maria, nadie consigue perdon sino por Maria, y nadie consigue beneficio alguno sino por Maria. ¡O Jesus amorosísimo y liberalísimo! ¿qué afecto fué el que os obligó á tal ternura, á tal exceso y liberalidad? *Ecce Mater*, te dice: alma, mira á tu Madre. ¡O Madre! te miro con mi vida y con mi alma. Mira bien, alma, á Maria: levanta á ella tus ojos y tu corazon, que tambíen te dice *Ecce Mater*, mírame por tu Madre. Mírala afligida por las culpas; acompáñala con tu dolor, que ella ruega por tí; pídela te alcance

misericordia y perdon: pídela por sus dolores te consiga auxilios eficaces, y que en la hora terrible de la muerte te mire como á hijo. ¡O Señora! ¡O Madre mia! Ahora y en la hora de mi muerte muéstratė ser Madre mia: vuelve á mí esos tus ojos misericordiosos de amorosa Madre: mira el entrañable dolor que te hemos costado al pie de la Cruz: no se malogren tus dolores: lógrelos yo con tu amparo ahora y en mi último trance. Mas hoy quisiera yo, Madre amabilísima, para mostrar que soy tu hijo, morir contigo de amor y dolor al pie de esa Cruz. ¡O muerte de ternuras! ven ahora, y muera yo de dolor y de amor á los pies de mi Madre Maria y de mi amorosísimo Jesus.

Aquí se postran á meditar sobre esta Palabra. Cántase su Lamentacion: luego en accion de gracias á Jesus, porque nos dió por Madre á Maria, y á Maria para implorarla por Madre, se reza cinco veces lo siguiente:

Madre dolorosísima, Madre nuestra, ruega por tus hijos los pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte.

Luego se dirá al Señor:

Jesus dulcísimo, gracias te damos porque nos diste por madre á tu Madre Maria.

Luego: Creo en Dios, espero en Dios, &c.

QUARTA PALABRA

que habló el Señor: *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?*

Despues de haber cumplido el Salvador con todas las finas atenciones del Redentor del mundo, pedido ya el perdon para los pecadores, y elegida su Madre Maria por Madre universal de todos, comenzaron en lo interior de su alma sacratísima á avivarse las penas y á intentarse mas vivos los dolores. Exhausto ya y consumido con la falta de sangre, empiezan los desmayos y agonias de muerte: la imaginacion adelgazada le aviva la memoria de las ingratitudes de los hombres: aquí se le representan las ofensas gravísimas de los malos, las tibiezas y floxedades de los buenos; y por otra parte

viendo intuitivamente el infinito amor del Padre con el hombre, y la rebelde obstinacion de los impíos, el olvido de finezas tan grandes, el malogro de su Pasion santísima en tantos ingratos pecadores, los pocos que habian de aprovecharse de su Cruz, y de su muerte, los innumerables que se habian de condenar, el dolor de su Madre Santísima, el temor de sus tristes Discípulos, las crueles persecuciones de su Esposa la Iglesia; juntos todos estos motivos con sus tormentos y dolores, con la cabeza traspasada de una corona de Espinas, las sienes taladradas de sus agudísimas puntas, los ojos obscurecidos con el polvo y la sangre, rasgada la espalda, el pecho oprimido, rotas las manos y los pies. (¡O Jesus mio, infinito en dolores como inmenso en paciencia!) De esta suerte pidió á su Padre la salvacion de todo el mundo; y viendo aquel decreto eficaz de su Padre, de que solo se habian de salvar los escogidos, y que su Sangre y su Muerte se habian de früstrar en innumerables almas que se habian de perder por culpa suya, empezó con este mayor tormento á agonizar en

su alma; aumentándose mas este profundo sentimiento, quando vió que atenido el Padre á su eterno decreto, le dexaba padecer sin consuelo, con tantos tormentos en el cuerpo, con tantos dolores en el alma; y viéndose así desamparado hasta de su Eterno Padre (porque tanto merecian los pecados que cargaban en su Cruz) se angustió y congojó de suerte con tan sensible y amargo desamparo, que rompiendo en un triste y doloroso gemido, se quejó á su Eterno Padre, diciendo: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparas?

¡O mi amabilísimo Jesus! la causa de tu desamparo, Señor, han sido mis culpas. ¡Ay, alma perdida! Mira el terrible desamparo que padece el Hijo de Dios por tu perdicion: tiembla de que Dios tambien á tí te desampare: tiembla, porque desamparada de Dios no tendrás á quien volver los ojos. ¿Por qué, pues, quieres, alma, perderte? ¿*Ut quid*? Respóndele á Jesus, que agonizando te pregunta tambien á tí desde aquella Cruz ¿por qué te has de perder? ¿Por qué has de malograr mi Sangre y mi Redencion?

¿Por qué te has de condenar? ¿*Ut quid*? ¿Por cosas tan viles de tierra? ¿Por unos deleytes tan inmundos? ¿Por unos intereses tan caducos, que se acaban y desvanecen en ayre y en desdicha? ¿*Ut quid*? Ea; respóndele, alma, desecha en dolor y en llanto ¡Ay, mi Jesus! ¿*Ut quid*? Señor, ¿por qué me he de perder estando tú en esa Cruz por mí? ¿Por qué me he de condenar, derramando tú por mí esa preciosísima Sangre? ¿Por qué la he de malograr? No haré tal, Salvador mio. Díganlo ya mis ojos: díganlo mi dolor y mi arrepentimiento: no me desampares, mi Jesus, por tu santísimo desamparo.

Aqui la Meditacion y Lamentacion: luego para pedirle al Señor no nos desampare, se reza cinco veces lo siguiente.

Jesus dulcísimo, por tu santísimo desamparo no nos desampares en la vida ni en la muerte.

Luego á nuestra Señora una vez:

Maria, Madre de gracia, Madre de misericordia, en la vida y en la muerte ampáranos, Señora.

Luego se dice: Creo en Dios, espero en Dios, &c.

QUINTA PALABRA.

que habló el Señor en la Cruz:
Sed tengo.

¿Qué entendimiento habrá que alcance los motivos que avivaron la sed de nuestro dulcísimo Salvador en este trance? Pegada al paladar aquella lengua, instrumento de tantas maravillas; secos aquellos labios amorosos con la amargura de tantos tormentos, exhausto de sangre y de sudor, era indecible la sed que con nueva y mayor congoja le afligia; y así con una voz ronca, pero tierna, exclamó diciendo: *Sitio*, sed tengo. ¡O mi dulcísimo Jesus! ¿Qué sed es esta, que tanto os fatiga y atormenta? ¿Qué sed ha de ser? Sed insaciable de mas tormento por nuestra salud: sed encendida y ardiente de almas y de lágrimas. Como que así dixera; en esta congoja y agonía no hay otro consuelo que el llanto de mis queridos. Llorad, pues, almas amantes de

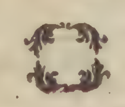
Jesus: llorad, que está seco y sediento el buen Jesus, agonizando. Fuentes, arroyos, rios, dad agua á mis ojos. ¡O Señor! ¿quién dará á vuestra sed algun alivio? Quien quitare una culpa, que esa es la sed que á Cristo mas le fatiga: sed de que no se peque: *Sitio.* ¡O mi Jesus! ¿Quién os aliviará? Quien le buscáre una oveja perdida, que esa es la sed que le atormenta: sed de ganar almas. Pues yo, Señor, os buscaré almas, yo enseñaré á los rudos y pequeñuelos vuestros caminos: yo exhortaré á los malos con la palabra y con el exemplo: convertiránse muchos. *Sitio*, sed tengo. ¡O mi Jesus! ¿De qué estais tan sediento? De amor, y mas amor. Ea, pues, Señor, mirad, que habeis de tener un exército de Vírgenes, de Mártires y de Confesores que han de morir al impulso de un encendido amor vuestro. De un inmenso amor ha de morir vuestra Madre Maria: de un excesivo amor han de morir vuestra querida Magdalena, y vuestras esposas Catalina, Lutgarda, Teresa, y otras innumerables. *Sitio*, sed tengo: mas amor, que amor no dice, basta. Ay almas, á morir de

amor con Jesucristo, que tiene mucha sed, y hay poco amor. *Sitio*, sed tengo: ¿De qué, Señor? De que se salve el mundo. Pues aliviáos, Bien mio, que vuestros Apóstoles y Discípulos os han de convertir Reynos enteros y á millares las almas. *Sitio*, sed tengo: vengan mas almas. Ea, Señor, que el gran Domingo y Francisco os ganarán hasta el fin del mundo innumerables. *Sitio*, sed tengo: vengan mas almas. Mirad, Señor, que el abrasado Ignacio y su Compañía os ha de traer innumerables hereges, gentiles, y pecadores, prendiendo fuego en todos estados y naciones; y su hijo el gran Xavier os ha de conquistar con su fuego un nuevo mundo. *Sitio*, sed tengo: vengan mas y mas almas, mas y mas pecadores arrepentidos. ¡O pecadores endurecidos! Mirad la sed tan insaciable que tiene de vuestra salvacion vuestro amantísimo Redentor. ¡Y qué poca sed teneis vosotros de salvaros! Tanta sed como teneis de tesoros, vanidades y torpezas que os llevan á la perdicion! Basta ya de pecar, que se abrasa de sed Jesucristo por salvaros. Desatad esas fuentes de vuestros

ojos ; ¿ para quándo son las lágrimas? Llorad vuestras culpas, que con esa agua quiere nuestro amorosisimo Jesus satisfacer su sed. Mas ¡ó mi Jesus! ¿Quién os podrá aliviar? que amor nunca dice basta. Sed vos alivio de vuestra misma sed, dándonos á nosotros de esa sed una sed ardiente de morir solo de vuestro amor: una sed ardiente de morir antes que ofenderos. Muramos, pues, almas, muramos de amor, que se abrasa el Fenix: muramos de amor, y deshaciendo en llanto de ternura nuestros corazones, aliviémosle la sed con lágrimas de nuestro arrepentimiento y dolor.

Aquí Meditacion y Lamentacion, y luego para aliviar la sed al Señor, se le da el corazon, diciendo cinco veces lo siguiente.

Jesus mio, dulcísimo y sediento, mi corazon te entrego. Creo en Dios, &c.



SEXTA PALABRA

que habló el Señor en la Cruz:

Ya está todo acabado.

Ya se acabaron, almas, de cumplir las profecías de las antiguas Escrituras: ya se perfeccionó el fin de los profundos decretos de Dios: ya se han pagado á la Divina Justicia las deudas de los pecadores: ya se ha comprado por su justo precio el premio de la Bienaventuranza para los Justos: ya se han asentado firmes paces entre Dios y los hombres: ya se ha dado fin al cautiverio del demonio, y principio al triunfo de la gloria: ya nuestro dulcísimo Jesus está en el último trance, agonizando con terribles desmayos, despues de haber concluido con los oficios todos de Redentor: ya está dentro de las puertas de la muerte, ofreciendo finalmente por los pecadores su dulce vida. Entrate, alma, en lo interior de su memoria, y verás presentes todas las peticio-

nes juntas que al Padre Eterno han de hacerse hasta la fin del mundo: todas las pide Cristo, y por él y por su muerte se otorgan los memoriales todos: ya está el despacho concluido de todas las altas disposiciones del mundo hasta su fin; y de esta muerte, que ya se perfecciona, depende toda la noble restauracion de las sillas del Cielo. Mira aquel Gran Señor, viendo en este trance con su alta sabiduría todas tus batallas y tentaciones, tus caidas mas secretas, tus mas ocultos pensamientos, los sucesos todos de tu vida, tus riesgos todos de pecar y de condenarte. Mírale como aplica á tí toda su Pasion y Muerte, como si solo tú fueras motivo único de su amor. Dale infinitas gracias por aquel que de tí tuvo tan particular, como si no hubiera otro alguno en el mundo. Aquí es quando le concede su Padre Soberano la salvacion de aquellos grandes pecadores que refieren las historias y las proezas heróicas de los Santos: aquí es donde da valor á sus Apóstoles, fortaleza á los Mártires, pureza á las Vírgenes, esfuerzo á los Confesores y Penitentes: aquí quando vé llenas de cosechas de Justos

los campos, erigidos sus Templos, pobladas las Religiones, demolidos los Idolos, y enarbolada en todas partes la Bandera triunfante de su Cruz: aquí quando ve que por su muerte han de recibir luz naciones infinitas, salvándose aun las mas bárbaras. Y al ver el cumplimiento de estos tan altos fines de su Redencion, como que se recogió en lo interior de su corazon, á ver si le faltaba algo mas que hacer ó padecer por los pecadores. ¿*Quid ultra debui facere, et non feci*? ¿Qué debí yo hacer por los pecadores, y no lo hice? ¿Qué me falta que hacer? ¡O Redentor de mi alma! Nada mas te queda que hacer; llegaste á la cumbre mas alta de la caridad y á la última raya del amor: quanto pudo hacer tu amor, tanto has hecho y padecido. Viendo, pues, el Salvador que nada le faltaba ya que hacer en obediencia de su Padre y en remedio de los hombres, levantó la voz, y con un generoso afecto dixo: *Consummatum est*, ya todo está acabado, ya todo está concluido. ¡Bendito seas, Redentor de mi alma, por tan inmenso beneficio y caridad! Dame, Señor, por tu Sangre

preciosísima que yo tambien pueda decirte de mi mala vida con verdadero arrepentimiento. Ya todo está acabado: ya se acabó el ofenderte: ya se acabó mi escándalo: ya se acabó mi torpeza: ya todo está concluido por tu amor: ya todo está acabado.

¡Ay almas! ¿Quál estaria en este instante aquel corazon y aquella voluntad de Jesucristo? ¿Qué fuegos, qué finezas, qué ternuras? Este es el tiempo, almas, de lograr vuestro amor, que está ardiendo Jesus. Ya está todo, dice, acabado, todo consumado: ya no me resta mas: hasta aquí pudieron llegar mis amores: ya el fuego llegó á arder hasta donde pudo: ya hierve el corazon dentro de mi pecho en su mayor incendio. A la hoguera, corazones amantes; al pecho de Jesus, helados pechos. ¡O tibios corazones! Ya esto está acabado. ¡O pecadores insensibles! Ya esto está concluido: ya está la llama en punto: arrojaos á la hoguera del corazon de Jesus: amor y mas amor: arder y mas arder. Así sea, mi Jesus. Acabe hoy tambien mi corazon desecho de dolor y abrasado de tu amor.

Aquí la Meditacion y Lamentacion. Luego en accion de gracias por haber perfeccionado el Señor nuestra Redencion, se reza cinco veces lo siguiente.

Gracias te doy, Señor, porque perfeccionaste mi Redencion: sea, mi Jesus, para mi salvacion.

Luego se dirá: Creo en Dios, &c.

SEPTIMA PALABRA

que habló el Señor en la Cruz:

Padre, en tus manos encomiendo mi Espíritu.

En esta postrera palabra nos da nuestro amorosísimo Redentor el último documento de su amor, enseñándonos el acto mas importante y sublime para la hora última de la muerte: éste es arrojarse y ponerse todo con rendida confianza en manos de Dios, como en manos de nuestro Padre. A morir enseña Jesucristo: a-

prendamos, Cristianos, lo que es la muerte de la de nuestro Salvador. ¡O qué trance tan terrible! ¡O qué punto tan arduo! Al acercarse á él un Dios Hombre, se inmuta su sagrada humanidad, pierde su color el semblante, se acardenan los labios, y todo el cuerpo se estremece con las fatigas y agonías. Aun aquel clamor grande y esforzado, con que ya para espirar encomendó su Espíritu en manos del Eterno Padre, que le podia librar de la muerte, fué acompañado de tiernas lágrimas: *Cum clamore valido, et lacrymis.* ¿Y mirais, hombres, la muerte con tanta indiferencia? Mortales sois, ¿y vivis tan descuidados? ¡O qué insensibles os mostrais á la consideracion de un momento tan tremendo! Almas, mirad en Jesus lo que es morir: ved lo que es agonizar. ¡Qué batallas! ¡Qué fatigas! ¡Qué dolores! ¡O fuerte trance! Y ¿cómo hay persona que dexe para entonces entre tan congojosas amarguras sus disposiciones? ¿Cómo hay hombre que dexe para entonces entre tantas y tales fatigas el negocio mas serio y dificil de la salvacion? ¡Ay horas de agonía! ¿Quién podrá pon-

derarlas? ¡Qué batallas las del apartamiento del Alma de Jesus y de su sagrado Cuerpo! Miraba el Alma Santísima en aquel Cuerpo su fino compañero: miraba en él aquella carne pura de Maria, aquella union estrecha; y al quererse arrancar, era tan doloroso el apartamiento, que obligó á que se demudase y estremeciese toda la Sacratísima Humanidad. ¡O fuerza de morir! ¡O duro golpe, que hace estremecer á un Hombre Dios! Pero bendito seais, mi Jesus, que os pusisteis en estas agonías para vadearme á mí el rio de mis congojas. Vos, Señor, las pasasteis para suavizarme las amarguras de mi muerte.

Estando, pues, en este trance nuestro Redentor Jesus, hizo silencio, y pidió atencion á los mortales con aquel clamor grande y valiente, dando á entender que ya queria morir; y para enseñarnos el modo mas alto y seguro, antes de espirar encomienda y pone su Espíritu en manos de su Eterno Padre, diciéndole con gran reverencia: Padre, en tus manos encomiendo mi Espíritu. ¡O qué enseñanza tan alta y tan divina! En este acto honra

Jesucristo á su Eterno Padre con la mayor honra que pudo darle; porque poniendo en sus manos su Espíritu, muestra para con su Padre su inmenso amor y su segura confianza, su profunda humildad y su total rendimiento: pues se entrega todo á su disposicion y providencia, como á Padre Fiel, Justo, Santo y Poderoso, que á quien se fia de él nunca puede faltar ni dexar de ser asilo infalible de misericordias y seguridades, y que entregada en sus manos el alma, no puede dexar de ser feliz y bienaventurada. Así nos enseña Cristo con el acto mas sublime de su doctrina y perfeccion á morir. ¡O Padre Eterno, Justo y Santo! Con el sagrado Espíritu de tu amabilísimo Jesus pongo tambien y encomiendo mi Espíritu en tus manos: recíbeme, Señor, desde ahora para siempre: mírame agonizando entre tantos riesgos de ofenderte: mírame batallando y desfalleciendo entre mis tentaciones y mis caidas: no me dexes de tus manos, Padre piadosísimo, que con tu dulcísimo Hijo Jesus encomiendo mi espíritu en tus manos, no solo en la hora de mi muerte, sino tambien en todo el

tiempo de mi vida. En tus manos encomiendo, Señor, mi espíritu, quanto tengo y quanto soy. Ten misericordia de mí.

Aquí su Meditacion y Lamentacion. Luego se lee lo siguiente para mover mas la ternura con lo que pasó al espirar el Señor.

Habiendo nuestro Redentor Jesus encomendado su Espíritu en manos de su Eterno Padre, reconoció se iba ya acercando la hora de espirar; y para que todo el mundo conociese que moria libre y voluntariamente de obediente á su Padre, y de amante á los hombres, dió licencia á la muerte para que llegase. Por eso antes de morir, para mostrar que la muerte no le derribaba la Cabeza, sino el peso inmenso de su amor, él mismo antes de espirar inclinó blandamente sobre el pecho su Sacrosanta Cabeza. ¡O inclinacion llena de profundos misterios! Con esta inclinacion significó el Salvador su obediencia á su Eterno Padre, su inclinacion y amor á los hombres, su pobreza y humildad: que no tenia en la Cruz donde reclinar su Cabeza, la gravedad

de nuestras culpas, que con su peso le hacian inclinar la Cabeza hasta morir. Inclinó tambien la Cabeza á la tierra ingrata para despedirse de ella, y darle al espirar; como al principio del mundo, espíritu de nueva vida. Tambien la inclinó para llamar con esta seña á los pecadores á su amor, convidándolos á las ternuras y finezas de su pecho. Ultimamente dirigió esta inclinacion hácia su dulcísima Madre Maria; que estaba traspasada de dolor al pie de la Cruz, para hacerla esta profunda reverencia y despedirse de ella, encaminando á ella tambien el último aliento de su vida para enseñar á los hombres que ninguno puede salir bien del mundo, sino es encaminando á Maria y por Maria el último aliento de su vida: Bendito seas, Maestro de mi vida; por los misterios de tu sagrada inclinacion y por lo que en ella me enseña tu infinita caridad.

Inclinada así con tantos misterios la Cabeza de nuestro amorosísimo Redentor, no restándole ya que hacer para exhalar el alma, comienza á inmutarse y á estremecerse todo su sagrado Cuerpo al que

rérsele desunir su Alma Sacratísima. La muerte ya, para exercitar su oficio, empieza á despojarle el color á su hermosísimo rostro: ya le eclipsa los ojos, ya le afila la nariz, ya le pone cárdenos los labios, ya le marchita las mexillas, ya le desfigura el semblante, ya le eleva el pecho, ya le va robando la respiracion; y al reconocer todas las criaturas insensibles que ya quiere espirar su Criador, no pueden contenerse de sentimiento: ya se comienzan á inmutar los elementos; ya el Sol se enluta, la Luna se ensangrienta, los Cielos se obscurecen, la tierra gime y tiembla, las piedras se despedazan, y el mundo todo llora y se estremece. ¡Ay mi Jesus! Esperad un poco, Señor, que yo tambien quiero morir con Vos: muramos juntos, Jesus mio, que si Vos moris de amor por mí, yo quiero morir de amor por Vos; no quiero ya vivir, Dios mio, si os he de volver á ofender y crucificar.

¡O Jesus de mi corazon! ya veo que se acerca la hora: bien puedes ya morir, Redentor de mi alma, que todo el Cielo y todo la tierra están con grande expec-

tacion esperando tu muerte: la espera tu Eterno Padre con las manos abiertas para recibir tu Espíritu: la esperan los Angeles para aplaudir tu victoria: los Santos Padres del Limbo para ilustrarse con tu vista en gloriosa libertad: la esperan todos los Justos para rendirte eternas gracias y alabanzas: la esperan todos los pecadores para romper de dolor sus pechos con firme resolucion de nunca mas serte ingratos: la espera finalmente todo el mundo para renovarse, y los hombres todos para verse redimidos de la esclavitud de la culpa.

Viendo, pues, el Señor la expectacion y suspiros con que todo el mundo espera su muerte, se rinde ya á sus ansias, y entre amores y ternuras de los pecadores entrega su Espíritu á su Eterno Padre, y su vida y sangre por el remedio general de todos los hombres. Ea, mi Jesus dulcísimo, ya es hora: muere en buen hora, Redentor de mi alma; y quando estés con tu Eterno Padre, despues de muerto, pídele, Señor, que siempre estemos contigo, que vivamos y muramos en tu gracia y tu amor por tu preciosísi-

ma Sangre, Pasion y Muerte, que por tu gran reverencia serás oido y bien despachado á favor de nosotros los pecadores, redimidos y amados tuyos.

¡O Dios altísimo! ¡O Magestad incomprehensible! Tú solo, gran Señor, sabes comprehender y apreciar la muerte de tu Hijo nuestro Señor Jesucristo. El hombre la oye, y se queda insensible, ciego, sordo y mudo. Ve morir á su Dios, y no suspira, ni llora, ni se inmuta quando su Dios muere, porque él eternamente no muera en el infierno. ¡O qué cargo tan terrible! ¡O Viernes Santo! ¡O Tres Horas de Agonía! Mortales, despertad esos ojos de vuestra fé dormida: por vosotros muere vuestro Dios, ¿y no hay quien muera con su Dios de amor y de dolor? Por vuestros pecados muere; ¿y no hay quien muera de dolor de haber pecado? ¡O Dios! ¡O Cielos! ¡O piedras! prestadnos vuestro dolor para morir hoy con nuestro Redentor Jesus de amor y sentimiento. A morir, almas, con Jesucristo, á morir de amor, á morir de dolor de haberle ofendido.

Antes de las tres se canta el Credo;

y en dando las tres, que es la hora en que el Señor espiró, se hace un fervoroso acto de Contricion: en todo lo qual se reparte en proporcion el tiempo de las tres horas.

ADORACION

A LAS SANTÍSIMAS LLAGAS

DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

A la del pie izquierdo.

Adórote, Santísima Llaga, y os doy, Señor, por ella las gracias. Por ella y por el dolor que ocasionó á vuestra Madre Santísima, os pido una viva fé, y que me perdoneis quanto os he ofendido con todos mis pasos y movimientos.

Padre nuestro, &c. Gloria Patri, &c.

A la del pie derecho.

Adórote, Santísima Llaga, y os doy, Señor, por ella las gracias. Por ella y por

el dolor que ocasionó á vuestra Madre Santísima, os pido una firme esperanza y que me perdoneis quanto os he ofendido con todas mis acciones y palabras.

Padre nuestro, &c. Gloria Patri, &c.

A la de la mano izquierda.

Adórote, Santísima Llaga, y os doy, Señor, por ella las gracias. Por ella y por el dolor que ocasionó á vuestra Madre Santísima, os pido una ardentísima caridad y que me perdoneis quanto os he ofendido con mi vista y demas sentidos.

Padre nuestro, &c. Gloria Patri, &c.

A la de la mano derecha.

Adórote, Santísima Llaga, y os doy, Señor, por ella las gracias. Por ella y por el dolor que ocasionó á vuestra Madre Santísima, os pido una verdadera contricion de mis culpas, y que me perdoneis quanto os he ofendido con el mal empleo de mi memoria, entendimiento y voluntad.

Padre nuestro, &c. Gloria Patri, &c.

A la del Sagrado costado.

Adórote, Santísima Llaga, y os doy, Señor, por ella las gracias. Por ella y por el dolor que ocasionó á vuestra Madre Santísima, os pido perseverancia final en vuestra gracia, y que así como fue herido vuestro corazon con el hierro de la lanza, y el de vuestra dolorosisima Madre con el cuchillo de su dolor, así penetren el mio vuestras soberanas luces, para siempre amaros, y nunca ofenderos, queriendo antes morir que pecar.

Padre nuestro, &c. Gloria Patri, &c.

Tres Ave Marias con un Gloria Patri á Maria Santísima en reverencia de lo que padeció en estas tres horas.

ORACION A LA SEÑORA.

Afligidísima Madre y Señora, por quanto padecisteis al pie de la Cruz en estas horas, y en especial por la última agonía y vuestro excesivo dolor al espirar vuestro Divino Hijo Jesus, os suplico fixeis

en mi corazon sus Llagas y vuestros Dolores, y que me asistais en mi última agonía, para lograr con vuestra asistencia una buena muerte. Amen.



VERSOS

que se podrán cantar al tiempo que se meditan las siete Palabras en las tres horas.

Antes de dar principio á las Palabras se cantará:

Al Calvario, almas, llegad;
Que nuestro dulce Jesus
Desde el ara de la Cruz
Hóy á todos quiere hablar.

Despues de la primera Palabra.

Pues que fuí vuestro enemigo,
Mi Jesus, como confieso,
Rogad por mí, que con eso

Seguro el perdon consigo.
Quando loco te ofendí,
No supe lo que me hacia:
Buen Jesus del alma mia,
Rogad al Padre por mí.

Despues de la segunda Palabra.

Reverente el buen ladron
Imploró vuestras piedades;
Yo tambien de mis maldades
Os pido, Señor, perdon.
Si al ladron arrepentido
Dais lugar allá en el Cielo,
Ya yo tambien sin recelo
La gloria, mi dueño, os pido.

Despues de la tercera Palabra.

Jesus en su testamento
A la Vírgen hoy nos da:
¡O Maria! ¡quién podrá
Explicar tu sentimiento!
Hijo vuestro quiero ser,
Sed vos mi Madre, Señora;
Que os prometo desde ahora
Finamente obedecer.

Despues de la quarta Palabra.

Desamparado se vé
De su Padre el Hijo amado:
¡Ah! ¡Maldito mi pecado,
Que de esto la causa fué!
Quien quisiere consolar
A Jesus en su dolor,
Diga de veras: Señor,
Me pesa, no mas pecar.

Despues de la quinta Palabra.

Sed dice Cristo que tiene:
Mas si quieres mitigar
La sed que le llega á ahogar,
Darle lágrimas conviene.
La hiel que brinda un Ministro,
Si la gusta, no la bebe:
¿Cómo quieres tú que pruebe
La hiel de tu culpa Cristo?

Despues de la sexta Palabra.

Con voz quebrada tu Dios
Habla ya muy desmayado,
Y dice que del pecado

La Redencion consumó,
Ya Jesus se ve espirar:
Ya Jesus se ve morir:
¿Quién pues no llega á rendir
La vida con el pesar?

Despues de la septima Palabra.

A su Eterno Padre ya
Su Espíritu le encomienda:
Si tu vida no se enmienda,
¿En qué manos parará?
En las tuyas desde ahora
Mi alma entrego, Jesus mio;
No me mires con desvío
En aquella fatal hora.

Despues de entonar el Et mortuus est *del Credo, se cantará:*

Ya murió mi Redentor,
Ya murió mi Padre amado,
Ya murió en la Cruz clavado
Mi Dios, mi Padre, mi Amor.
¡Ay, ay, ay! ¡Triste de mí!
¡Ay, ay, ay! ¡Mi corazon!
Rómpete de compasion,
Que Jesus murió por tí.

LAUS DEO.

Manuel laborda